

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

CORDOBA

177

L A B O R D E

Maestro LEDRÁN R. SÁNCHEZ

Escuela N° 47

Fojas 5

OBSERVACIONES

47

1

La Torre de los Mistoles.
(Leyenda saltina)

(Época: 1880 más o menos)

Partiendo de la Villa de San José y marchando por el camino nacional a Salta, a medida que se aleja del caserío tendido a ambos lados del camino, alternando con algunas heras abandonadas, el paisaje va tornándose solitario, escaso de bosques y aún de arbustos, hasta despejarse por completo, desapareciendo los grupos de algarrachos, molles, lecherones y cochuchos, muy comunes en la región.

Quiéstranse más allá de las tres leguas, habiendo caminado una hora al paso menudo y firme de la mula criolla y después de vadear el torrencioso río de las Piedras, una verde extensión cubierta de espesa gramilla, una pampa, como llaman allí a las planicies desprovistas de árboles. El costado occidental lo cortan pequeñas colinas que se divisan allá, más lejos de la línea ferroviaria y su límite oriental va a perderse en la ciza del monte que se extiende sobre los parajes donde ahora se levantara la orgullosa Esteco, de trágicos recuerdos.

La vasta llanura que aparece a nuestra vista mide una extensión aproximada de unas 3 leguas cuadradas.

A doscientos pasos hacia la izquierda del camino elevase silenciosa y triste la derruida iglesia con su torre de un color gris pirarra, rodeada enteramente por plantas silvestres que, con su irreverente audacia, han llegado a treparse hasta la mitad del resto de edificio existente entonces.

Según los pocos moradores de aquellas comarcas - antiguo teatro de una lucha épica - la iglesia fue levantada por los jemitas cuando establecie-

ron su dominio en el Rio de la Plata y pasó más tarde a poder de los dominicos y mercedarios, quedando abandonada y sola desde tiempo inmemorial.

Los criollos la llaman Corre de los Noistoles o del Meistal, por denominarse de este modo el lugar.

Atraído por la curiosidad que despierta la leyenda bordada, que corre de boca en boca, sobre la Torre del Meistal, visité una ocasión el sitio, no sin cierto temor debido a mis pocos años y al misterio que se forma en derredor de estas cosas entre los campesinos ingenuos y supersticiosos.

No obstante lo rústica y primitiva de la edificación, el tiempo no había logrado aún abatir esas murallas de gruesos adobes. La iglesia parece haber sido cortada por un formidable hachazo en diagonal, pues la mitad del templo con una parte de la torre se mantienen en pie con su cruz en alto, que ha derapado los siglos, como esas peñasco ~~que~~ aislados que suelen verse en las sierras andinas.

Diriase un brazo levantado en señal de protesta contra la indiferencia que rodea las cosas antiguas.

Es raro quien se acerque a visitar esas ruinas, tal es el supersticioso temor acompañado de religioso respeto con que a aquella sencilla gente mira todo lo que a la Torre del Meistal se refiere.

Cuentan sobre estas ruinas numerosas leyendas, pues casi todos los paisanos tienen pavor frente a ellas con la preocupación de los apariciones y de las visiones fantásticas. Este pavor cruzó en una noche de clara luna ginele en su brinco caballo volviendo de Metán y al llegar al paraje clavó las sonoras espuelas al flete pro-

curando interponer algunas cuerdas entre la torre y él. Coal criollo llegó hasta allí, en una lóbrega noche del otoño tormentoso, equivocadamente pero al reconocer el sitio después de sanguijarse se retiró presuroso.

Muchos solían contestar a mis preguntas con el temor pintado en el rostro: - Ah niño! no porfic porque le cuente esas cosas! Si Usted hubiera visto una vez, no quería más!

Mi terca e inocente curiosidad triunfó al fin, y una de esas largas veladas de invierno, junto al fogón, mientras los más jóvenes atiraban el fuego avivando el calor y otros encendían en los troncos encendidos, el interminable cigarrillo de chala, ña Aruncián, la mujer del capatán, hacía circular el mate. Un peón, de tez morena y mirada soñadora, nos contó:

"Vean señores, ustedes ^{los} que me conocen saben que no soy cobarde, yo nunca tuve miedo a cosas de este mundo, pero era vez volviendo del pueblo después de unascarreras y más tarde que de costumbre, al acercarme a la Torre del Obispa, divisé como una gran fogata junto a la puerta, rodeada por una cantidad de frailes de todos tamaños, que sin duda salían de allí abajo porque no se ve ninguna habitación ahí. Noté en su cara algo extraño y no se les podía ver bien porque llevaban el capuchón sobre los ojos.

"Cantaban una cosa que no les entendía. De pronto y no sé porqué, me pareció que aquellos frailes no eran tales, sino esqueletos vestidos, ocamantas de cuyos ojos salían llamas y hasta oía crujir sus dientes como si mordieran huesos...

"Aquello era horrible! A medida que aumentaba mi espanto, - agregó - los frailes, fantasmas, duendes o qué sé lo que serían, se iban haciendo altos,

altos, y empezaron a correr unos detrás de otros en una carrera loca, y se oía el ruido de sus huesos al chocar...

"Mi caballo parecía también volverse loco de espanto, yo lo contenía a duras penas, y aunque tenía mucho miedo estaba como clavado en aquel lugar. Hasta que al fin el moro dió un bufido y arrancó en una frenética carrera y vino a sujetarse, temblando, junto a las trancas del puesto.

"Yo más muerto que vivo caí allí y no me acuerdo más. No Pancho, que me oye y me vio llegar era madrugada, puede decir si muerto."

— Cierro, cierto, pobre mi amigo! — exclamó el aludido — Frás mi rato de silencio producido por el relato — No Pancho — como le decían agregó con aire de misterio:

"Vean, yo creo que no son muchos los frailes que viven allí. Serán dos o tres, y cada año vienen otros a reemplazarlos. Esos que hemos visto algunas noches, serán los que cuidan el lugar del tapas para que nadie se atreva a sacarlo. Deben vivir en algún sótano que habrían hecho antes.

"— Quié no saben lo del tapas? Yo tampoco lo sabía, aunque muchos me aseguraban que cerca los tres mistales habían visto luces de noche, no les quería creer, hasta que el año pasado una tarde ya de nochecita, antes de que saliera la luna, los vi salir,

"— Coris les digo — ya de tarde al oscurecer salí por allí por ver si encontraba esa noche al leoncito que nos andaba haciendo daño en la majada y sin pensar, me acerqué un poco a la torre cuando de golpe me salieron dos bultos blancos de Frás de la iglesia, se dirigieron al quebracho mo-

cho que queda al frente de la torre, a unos mil pasos del camino; de ahí torcieron derecho al poniente y caminaron una distancia doble de antes; allí, bajo ese cochuecho grande que les hacía oscuridad, se arrodillaron buscando algo.

"Ahí debe estar el tapao. Yo los seguí de lejos y los vi volver al rato hasta la iglesia, donde se perdieron; debe ser en el subterráneo.

"Estoy seguro de que es un tapao el que tienen bajo el árbol y Nicasio, mi cuñado, me prometió ayudarme a sacarlo, pero cuando fuimos con él no pudimos hallar ni señas del lugar...

"Debe ser grande, porque he oído decir que los padrecitos tenían muchas onzas de oro y hasta rastras de plata con más patacones que vacas tienen los Sierras."

Veinte años más tarde escuché la misma narración a un anciano salteño, antiguo viajero de esas comarcas, quien me aseguró ser cierta la historia y que él también estuvo tentado a probar fortuna en los tapados que allí había, y cuya situación exacta se encuentra guiándose por la Corre del Mistel.

(De D. Daniel Miranda, fallecido recientemente, a los 80 años de edad, en Sampacho).

Monte Maíz, julio 12 de 1921.

Ledrián R. Sánchez

Director

Escuela N.º 47 de Laborde, Córdoba



El zorro y el quirquincho.

(Leyenda salteña)

El zorro y el quirquincho eran compañeros. Salieron ambos un día en busca de aventuras y procura de víveres.

Yendo por un camino divisaron un paisano que venía hacia ellos guiando una carreta cargada con queso. El quirquincho más vivo de imaginación, ideó rápidamente un medio que le permitiría a poderarse de un rico queso, con que satisfacer su gula y jugar una partida al zorro.

Conviniéron los compañeros que el zorro esperaría el fin bajo de un árbol desapareció a preparar su plan. Corrió y se colocó en medio de la huella por donde debía pasar la carreta.

Al verlo el carretero, paró los bueyes, y alegre por el hallazgo lo echó en la carreta prometiendo se para esa noche un buen asado de quirquinchos.

Pero el pícaro apenas se vió libre de la vigilancia, siguió sus planes, empujando suavemente un queso lo echó fuera de la carreta y se tiró él en seguida sin ser sentido.

Comió todo lo que pudo y fue a buscar a su compañero para hacerle parte, según lo convenido.

El zorro una vez que hubo devorado su mendrugo, averiguó cómo había hecho para salir tan bien de la aventura.

El astuto quirquincho le dijo que se había colocado en la huella y al pasar la rueda por encima hinchó el lomo, volteando con el barquinero. quedó el rico queso que había saboreado.

Crédulo el zorro corrió a ejecutar la misma hazaña, pero el carretero al verlo tendido a través del camino lo hirió a pretar con la rueda, pues lo

abarcaba bastante a causa de los robos de galli-
nas, corderos y cerdos que el zorro hiciera en su
corral.

El quirquincho negativo había traído la
mentira en desquite de las presas que su com-
padre le quitara valiéndose de su mayor fuer-
za y rapidez.

Por la narración

Ledrán R. Sanchez

Director Escuela N.º 47 de Laborde - Córdoba



X

El suri y la garrapata.
(Fábula del Norte Argentino)

El suri vanidoso de sus largas y veloces piernas se burló cierto día de la humilde garrapata que apenas mueve las suyas muy pequeñas. Entonces la garrapata lo desafía a una carrera para el domingo próximo.

Acepta gustoso el suri dando por ya ganada la apuesta.

Elegó el día de la carrera, conviniendo que ganaría quien se sentara primero en una silla colocada por el juez en la raya.

Situados en la caucha, el suri la convida a partir diciéndole:

-Vamos!

La garrapata en un desvelado se había subido por la pata del suri y contestó:

-Vamos!

Como el suri no la distinguiera en el suelo la convida de nuevo a correr

-Vamos!

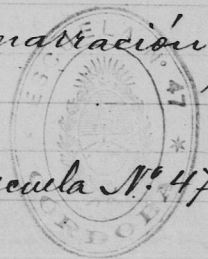
-Vamos nomás!... -le contestaba la garrapata, cerquita. - Después camina poco a poco hasta situarse en la punta de la rabadilla del suri.

Después de repetir la invitación el suri, llegó a la meta y creyéndose vencedor, corrió a sentarse en la silla muy goroso, pero al hacerlo, la garrapata le advirtió:

Epa, amigo, no me aprete, yo llegué primero!

El juez dió su sentencia proclamándola ganadora.

Por la narración



Ledrán R. Sánchez

Director Escuela N.º 47 - Laborde - Córdoba.